

311 Por oro nin por plata | non podrie escapar.

Dispuesta por tanto la partida para la madrugada siguiente, oída la misa de la Santa Trinidad por todos sus guerreros, é invocada por Jimena la proteccion divina en devota plegaria, imitada adelante por casi todos los poetas castellanos <sup>1</sup>, Mio Cid despidese de su esposa y de sus hijas, que deja encomendadas á la solicitud del abad don Sancho, en estos términos:

370 El Cid á doña Ximena | ybala abrazar:

Doña Ximena al Cid | la manol' va besar,  
Lorando de los oios | que non sabe que se far;  
É él á las niñas | tórnalas á catar:

—»Á Dios vos acomiendo, fijas, | é la mugier al Padre Spiritual.

375 Agora nos partimos, | Dios sabe el aiuntar.»

Lorando de los oios, | que non viestes atal,  
Assis' parten unos d' otros | como la unna de la carne.

Esta despedida que recuerda la tan aplaudida de Héctor y Andrómaca <sup>2</sup>, es digna del gran caudillo que iba á conquistar en su destierro tan inmarcesibles laureles. Por donde quiera que Mio Cid vá pasando, aumentan nuevas lanzas su pequeña hueste, cuidando el abad don Sancho de dirigirle los caballeros que vienen en su busca. Llegado á la Figueruela, pueblo asentado en los confines de Castilla, reposa allí breves instantes con los suyos,

4 La referida oracion comienza:

Ya, Señor glorioso, | Padre que en cielo estás,  
Feciste cielo é tierra, el terçero el mar, etc.

Más adelante reconoceremos la tradicion de esta plegaria en los poemas eruditos. El docto Mr. Damás-Hinard, en las *Notas históricas y literarias*, con que ilustra su traduccion del *Poema del Cid*, firme en su empeño de hallar analogias entre este y los poemas franceses, recuerda dos plegarias, mucho más breves, de la *Chanson de Roland*, inspiradas por el mismo espíritu. Pero esto no puede en verdad maravillarnos, refiriéndose á una misma época y á pueblos animados de una misma creencia, fuente no agotada de análogos sentimientos y aun de muy parecidas costumbres. No otra cosa sucede tambien con otros muchos pasajes del *Poema*, donde la perspicuidad de tan sabio escritor halla con frecuencia analogias y semejanzas, que le sirven de fundamento á la teoria de una influencia activa y directa que abarca en suma toda nuestra civilizacion, lo cual no puede ya admitirse de buen grado.

2 Quintana, *Introd. á la Coleccion de Poesias selectas castellanas*. Otra despedida hallaremos despues, en que hay sin duda mayor analogia.

II.<sup>a</sup> PARTE, CAP. III. PRIM. MON. ESC. DE LA POES. CAST. 141  
apareciéndosele en sueños el arcángel Gabriel, para anunciarle entera bienandanza:

410 Cavalgad, [Mio] Cid, | el buen Campeador,  
Ca nunqua en tan buen punto | cavalgó varon:  
Mientras que visquieredes, | bien se fará lo tó.

Satisfecho Ruy Diaz y alentado por semejante aparicion, uncion única que dá la primitiva poesia española á los héroes que idealiza <sup>1</sup>, llega el último dia del terrible plazo á la sierra de Mie-

1 Véase lo observado en el capítulo anterior sobre la aparicion de San Lázaro (pág. 94). Debemos sin embargo añadir, que entre las calificaciones que en el *Poema* se hacen del héroe de Vivar, presentándole como tipo de perfeccion, de valentia y de virtud, y ora apellidándole el *lidiador*, ora el *caboso*, el *contado*, el *leal*, etc., llama nuestra atencion la muy frecuente formulada en las frases *el que en buen ora nasció, qui en buen ora cinxió espada, el de la buena auce*, etc. Llévanos esta observacion á ver comprobada la doctrina que antes de ahora hemos expuesto sobre la forma en que se transmiten y propagan á la edad media los agüeros y supersticiones de la antigüedad gentílica (Véase el cap. X de la I.<sup>a</sup> Parte); siendo por cierto muy curioso el sorprender en una sociedad, cristiana por excelencia, esos restos vivientes de *paganismo*, á pesar de los no interrumpidos esfuerzos de la Iglesia para extirparlos. Así en el *Poema*, de que vamos tratando, no puede menos de causarnos cierta admiracion el descubrir desde los primeros versos esa influencia perniciosa, leyéndose:

11 A la exida de Vivar | ovieron la corneia diestra,  
E entrando á Búrgos | ovieron la siniestra;

influencia, que si bien no altera en nada las creencias religiosas del héroe, ni su carácter, no poniendo tampoco obstáculo alguno en la marcha del *Poema*, es recibida por el autor, quien apenas deja dar paso al Cid, sin que le sigan sus *buenas aves*; y mientras le presenta confiado siempre en el favor divino, revelado por boca de Gabriel y teniendo parte en Dios, le hace consultar los agüeros, como pudiera verificarlo un héroe griego ó romano. Al narrar las bodas de los infantes de Carrion con doña Sol y doña Elvira, dice por ejemplo:

2624 Viólo en los aüeros, | el que en buen ora cinxió espada,  
Que estos casamientos | non serien sin alguna tacha, etc.

Pero debemos repetirlo: estas preocupaciones, enérgicamente combatidas por San Isidoro y condenadas despues con igual teson por la Iglesia (Véase



des, donde hace alarde de su hueste, compuesta de trescientas lanzas, con las cuales pasa de noche aquellas ásperas fraguras, hallándose al amanecer fuera del territorio castellano y en el centro de una montaña *maravillosa é grand*. Dá' allí algun refresco á sus guerreros; y encaminándose en la siguiente noche hácia Castrejon (Casteion), fortaleza puesta sobre el Henares (Fenares), se apodera de ella al apuntar el dia; mientras Álvar Fañez de Minaya, su primo, lleva el terror de sus armas hasta las puertas de Alcalá, volviendo á Mio Cid cargado de ricos despojos. Distribuido el botin del campo y la presa de la fortaleza, vende el héroe la quinta parte que le corresponde, á fin de atender al mantenimiento de los suyos y determina abandonar el castillo, para evitar nuevos choques con el rey don Alfonso: hé aquí cómo habla á sus guerreros con este propósito:

540 Cerca es el rey Alfonso | é buscarnos verná:  
 . . . . .

545 Crás á la mañana | pensemos de cavalgar:  
 Con Alfonso, mio Señor, | non querría lidiar.

Con las bendiciones de los habitantes de Castrejon, se dirige Mio Cid sobre Alcocer, castillo puesto á orillas del Jalon (Salon); y sentando sus reales, le combate por el espacio de quince semanas, hasta apoderarse de él por medio de una ingeniosa estratagemata. Llegada la fama de sus victorias á Valencia, sale el rey moro Ferriz á la cabeza de numeroso ejército, y ayudado de otros dos reyes súbditos suyos, contra Alcocer, juzgando fácil empresa apoderarse de Ruy Diaz y de sus gentes. Cercados ya los castellanos por los sarracenos, aconseja Minaya á Mio Cid que asalte el campo enemigo, lo cual verifican con tan recio ímpetu y buena fortuna que desbaratadas las haces musulmanas y aterrados los reyes Galve y Ferriz, abandonan el campo de batalla, huyendo sin concierto, y durando el alcance hasta las puertas de

cap. XIV de la I.<sup>a</sup> Parte), si dan algun color exterior á la cultura española, y por tanto á la poesía, no ofenden fundamentalmente á una ni á otra, alcanzando sí, á darnos testimonio de la grande influencia de la civilizacion del antiguo mundo, en los tiempos modernos.

Calatayud, donde logran salvarse los más corredores. Grande fué el despojo de esta batalla, cuya descripción se hace en el *Poema* con breves rasgos y enérgicas pinceladas, de que pueden dar muestra las siguientes, que forman dos bellos cuadros:

Embrazan los escudos | delant los corazones:  
 Abaxan las lanzas | apuestas de los pendones,  
 725 Enclinaron las caras | desuso de los arzones;  
 Ybanlos ferir | de fuertes corazones.  
 . . . . .  
 Vieredes tantas lanzas | premer é alzar  
 735 Tanta adarga | aforadar é pasar:  
 Tanta loriga falsa desmanchar:  
 Tantos pendones blancos | salir bermeios en sangre:  
 Tantos buenos cavallos | sin sos duennos andar.

Deseando el héroe desterrado dar á su rey una prueba de fidelidad y de amor, le envia con Álvar Fañez de Minaya un presente de treinta caballos de los ciento que le habian cabido en suerte, hablando así al primero de sus capitanes, al encomendarle esta empresa:

Oyd, Minaya [Álvar Fañez]: | sodes mio diestro brazo:  
 Daquesta riqueza | que el Criador nos ha dado  
 820 Á vuestra guisa | prended con vuestra mano.  
 Embiar vos quiero | á Castiella con mandado:  
 Desta batalla | que hemos arrancado,  
 Al rey Alfonso | que me ha ayrado,  
 Quierol' embiar | en don treinta cavallos;  
 825 Todos con siellas | é muy bien enfrenados:  
 Sennas espadas | de los arzones colgados.  
 Dixo Minaya Álvar Fañez: | Esto faré yo de grado.

Al mismo tiempo paga Mio Cid el tributo de bido á la piedad y á la creencia: Álvar Fañez de Minaya lleva encargo de mandar decir mil misas en Santa Maria de Búrgos, rasgo que basta para pintar los piadosos sentimientos y las venerables costumbres de aquellos esforzados campeones. Movido el rey don Alfonso por tan insigne prueba de respeto, ya que no le vuelve al seno de su familia, como parecia aconsejar la justicia, consiente al menos en que sigan libremente los pendones de Ruy Diaz de Vivar cuantos *buenos é valientes* aspiraban á pelear á su lado. La presentacion de Minaya en la córte de Castilla y la respuesta del rey don Al-



fonso forman uno de los pasajes más dignos de ser conocidos por nuestros lectores:

- 880 Treinta cavallos | al rey los empresentaba:  
Viólos el rey, | fermoso sonrisaba:  
—¿Quién los dió estos, | si vos vala Dios, Minaya?...  
—Mio Cid Ruy Díaz, | qui en buen hora cinxó espada:  
Venció dos reyes de moros | en aquesta batalla:  
885 Sobeiana es, Señor, | la su ganancia.  
Á vos, rey ondrado, | embia esta presentaia:  
Bésavos los piés | é [assy] las manos amas:  
Quel' ayades merçed, | si el Criador vos vala:  
Dixo el rey [don Alfon]: | Mucho es mannana.

Y añade, sin embargo, despues de esta delicada negativa, verdaderamente dramática:

- De todo mio regno, | los que lo quisieren far,  
900 Buenos é valientes, | pora Mio Cid huvyar,  
Suéltolos los cuerpos | é quítoles las heredades.

Minaya vuelve á Ruy Díaz con doscientos caballeros y multitud de peones (*peonadas*), siendo recibido por su primo con la mayor ternura:

- 927 Quando l' vió Mio Cid | asomar á Minaya,  
El cavallo corriendo, | válo abrazar sin falla:  
Besol' la boca | é los oios de la cara.

¡Bello y característico rasgo de costumbres! <sup>1</sup>. Habia el Cid entre tanto vendido y abandonado el castillo de Alcocer, no sin lágrimas de sus moradores, distribuyendo el precio entre sus soldados y poniendo despues en tributo á Daroca, Molina y Tueruel, desde Monreal, donde habia fijado su campo. Pero au-

<sup>1</sup> Para que pueda apreciarse dignamente esta pincelada de las costumbres castellanias en los siglos XI y XII, citaremos el saludo hecho por Abengalvon, segun costumbre mahometana, á Minaya en su ciudad de Molina, al llegar aquel con la muger y las hijas del Cid:

- 1525 Quando legó Abengalvon | dont á oiol' ha,  
Sonrisándose de la boca, | yhalo abrazar:  
En el hombro lo saluda, | cá tal es su usaie.

Mio Cid, como cristiano, no besaba en el hombro, sino en la boca y en los ojos.

mentada ya su hueste con los caballeros y peones, traídos por Minaya, movióse á emprender nuevas correrias, internándose en las tierras de Montalvan y de Huesca y poniendo en consternacion á toda aquella parte de la morisma. Llegaron tambien estas nuevas á Raymundo III, conde de Barcelona, aliado á la sazón de los sarracenos, y revolviendo en su pecho el enojo de pasadas injurias, allegó rápidamente sus huestes (poderes), saliendo en busca del Cid y alcanzándole en el pinar de Tébar, donde le dirigió un mensaje de desafio, al cual replicó el castellano, esquivando el combate, en esta forma:

- 995 —Digades al conde | non lo tenga á mal,  
De lo so non lievo nada, | dexem' yr en paz.  
Repuso el conde:—Esto non será verdad:  
Lo de antes é lo de agora | todom' lo pechará:  
Sabrá el salido | á quien vino desondrar <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Al examinar la *Gesta Roderici Campidocti*, llamamos la atencion de los lectores sobre la carta de desafio dirigida al héroe de Vivar por el conde de Barcelona (tomo II, pág. 179), y parécenos ahora oportuno momento para notar que si bien creemos con el docto Huber que ni el autor de la *Gesta* conoció el *Poema* ni el del *Poema* la *Gesta*, fundándonos principalmente en la prioridad que en la obra histórica hemos reconocido, no por eso debe deducirse que no hay con frecuencia verdadera conformidad entre los hechos que narra la una y canta el otro. Huber manifiesta, limitándonos ahora al presente pasaje, que «en el *Poema* el conde de Barcelona queda prisionero del Cid «sólo una vez, y no dos como en la *Historia*» (Introd. á la *Chronica del Cid*, pág. XLII). El hecho es realmente cierto; pero sobre no poder realizarse de otro modo, pues que en el *Poema* no se comprende la primera batalla, en que fué preso Berenguer (Almenara), comenzando su accion con el segundo destierro, se hace al parecer mencion de esta primera desgracia del conde, poniendo como han visto los lectores, en su propia boca:

Lo de antes é lo de agora | todo m' lo pechará, etc.

En cuanto á las cartas, el autor del *Poema* es tan excesivamente sóbrio que se contenta con decir:

- 983 Del conde don Remont | venido l' es mensaie:  
Mio Cid quando lo oió | embió pora allá, etc.

La narracion de la *Gesta* aparece por tanto mucho más dramática é interesante, y sin embargo es más popular el espíritu que resalta en el *Poema*: al calificar al conde de Barcelona, el poeta dice:

El conde es muy folon | et dixo una vanidat, etc.



Enojado al cabo Ruy Diaz por la obstinacion del conde, preséntale la batalla, en que es Raymundo (don Remont) vencido, cayendo en poder de un enemigo indiscretamente provocado, y entregándole, como trofeo de la victoria, la célebre *colada que valia más de mil marcos de plata*. Pero el caudillo castellano, que no sabia abusar de la victoria, procura despues agasajar á su prisionero, preparándole un abundante banquete (*cocina*): despedido don Raymundo de su derrota, niégase en cambio á tomar todo género de manjares, detestando una vida que juzgaba ya vilipendiada:

- 1026 El conde don Remont | non gelo precia nada.  
 Adúcnle los comeres, | delante gelos paraban:  
 Él non quiere comer, | á todos los sosanaba:  
 —«Non combré un bocado | por quanto ha en toda España:  
 1030 Antes perderé el cuerpo, | é dexaré el alma;  
 Pues que tales malcalzados | me vencieron de batalla.»

Á tan extraña resolucion contesta el generoso Mio Cid, diciéndole:

- Comed, conde, deste pan | é bebed deste vino 4:  
 Si lo que digo ficiereades, | saldredes de cativo;  
 1035 Si non, en todos vuestros días | non veredes cristianismo.

Tres fueron sin embargo necesarios para vencer la tenacidad

No se olvide que el conde y sus catalanes eran designados en la España Central con el título de *francos*, que llevaban comunmente los franceses. Así decia el mismo autor del *Poema*, al acercarse ambas huestes:

1019 Vieron la cuesta yuso | la fuerza de los francos, etc.

4 Recuérdese lo ya observado respecto de esta peregrina costumbre, revelada en la *Leyenda* (pág. 94). La oferta del pan y del vino, una vez aceptada, constituia cierta especie de sacramento, que obligaba estrechamente á entrambas partes, como servia de lazo indisoluble entre los que acometian, tras esta suerte de pacto, cualquiera empresa. Mio Cid ofrecia por tanto al conde de Barcelona su amistad del modo más solemne y sincero, rasgo notabilísimo de carácter y pincelada vigorosa de aquellas costumbres, que tanta sencillez y encanto nos revelan en cada línea del *Poema*.—Lástima es que el docto Damás-Hinard, que tanta y tan selecta erudicion ha sabido emplear en sus curiosísimas *Notas al Poema del Cid*, no haya fijado su vista en esta singular costumbre.

del conde, quien instado vivamente por Ruy Diaz, cedió por último al deseo de recobrar su libertad, comiendo *de tan buen grado* que, satisfecho Mio Cid, le entregó al punto tres palafrenes, para que acompañado de dos caballeros, vasallos suyos, se pusiera luego en camino la vuelta de su estado. Ni omitió el castellano todo linaje de atenciones con Raymundo; y para más honrarle, salia á despedirle gran trecho, manifestándole que no le obligaba con aquella conducta á desistir de la venganza de su vencimiento. No creyéndose libre todavia del poder de Mio Cid,

- 1085 Agujaba el conde | é pensaba de andar;  
 Tornando vá la cabeza, | é catandos' atrás:  
 Miedo yba aviendo | que Mio Cid se repintrá;  
 Lo que no ferie el Caboso | por quanto en el mundo ha.

En estos breves rasgos estan bosquejados los dos caracteres de Raymundo y de Mio Cid, tales como los concibió Castilla en el siglo XII.—Desembarazado el héroe de estos obstáculos, lleva sus victoriosos pendones al Mediodia de aquellas comarcas, apoderándose de Burriana, Xerica y Murviedro, donde le asedian los moros, que son á poco derrotados, dejando el campo de batalla sembrado de despojos y de cadáveres, entre los cuales se cuentan dos reyes tributarios del de Valencia. El terror que se habia deramado por aquellos contornos, sube de punto con esta gloriosa jornada, cayendo en manos de Mio Cid las más importantes fortalezas: con esto pudo pensar ya holgadamente en la conquista de Valencia, cuyos fértiles campos y apacibles huertas taló y quemó por el espacio de tres años, reduciendo á sus moradores al último extremo, segun narra el poeta en estos breves rasgos:

- 1185 Nin dá conseio padre | á fijo nin fijo á padre:  
 Nin amigo á amigo | nos' pueden consolar.  
 Mala cuenta es, Señores, | aver mengua de pan;  
 Fijos é mugieres | verlos morir de fambre:  
 Delant veyen so duelo, | non se pueden huviar.

Cercada por último la ciudad de Valencia, es entrada al cabo de nueve meses por los soldados de Mio Cid, quienes se ven colmados de riquezas en cambio de sus pasadas fatigas:

- 1222 Los que fueron de pié | cavalleros se facen.



Mas no bien habian empezado á disfrutar de tantos bienes, cuando el rey de Sevilla se ofrece con poderoso ejército á rescatar aquella ciudad celebrada, dando nuevo pábulo á la bravura de los castellanos y aumentando el botin, de que ya gozaban, con sus preseas y las de sus capitanes. La primera atencion de Mio Cid, despues de esta batalla, en que entró con solos tres mil seiscientos hombres, obteniendo innumerables despojos de todos géneros, fué satisfacer la deuda que su lealtad y su cariño habian contraido con el rey don Alfonso: cien caballos ricamente guardados, presentados al monarca por Álvar Fañez de Minaya, dieron á la corte de Castilla aviso de las inauditas proezas de Ruy Diaz y de la conquista de Valencia, y despertaron la admiracion y el entusiasmo en la alborozada muchedumbre, mientras avivaron el odio que los cortesanos abrigaban contra Mio Cid desde sus primeras hazañas.

Vencido don Alfonso de la generosidad de tal vasallo y pagado de tan peregrina y sublime lealtad, le restituye al cabo sus bienes y concede á Álvar Fañez de Minaya permiso para conducir á Valencia la esposa y las hijas del héroe, entradas ya estas en la flor de la juventud. Tributándoles cuantas consideraciones exigian por su sangre y por su estado, ejecuta aquel experto capitán los mandatos del rey de Castilla, sacando del monasterio de Cardena á tan ilustres damas, y dirigiéndose con ellas á la ciudad arrancada por la espada de Mio Cid al poderio de la morisma. Honradas en el tránsito ya de cristianos, ya de moros, recogen doña Jimena y sus hijas cuantas muestras de respeto eran debidas al esclarecido nombre de Ruy Diaz; y al acercarse á los muros de Valencia, seguidas de doscientos caballeros que habia enviado el héroe para su cortejo <sup>1</sup>, son recibidas por el clero, á cuya cabeza aparece el obispo don Gerónimo, elevado por Mio Cid á la nueva silla de aquella ciudad <sup>2</sup>; cabalgando el Campeador en Babieca, fogoso

<sup>1</sup> Es de notarse que ciento de estos caballeros eran cristianos y los otros ciento moros, enviados por Aben Galvon, régulo de Molina, amigo y tributario de Mio Cid, para honrar á su mujer y sus hijas (vers. 1469 á 1473).

<sup>2</sup> Era este prelado natural de Perigueux (Petragorica); le habia traído á España el arzobispo don Bernardo, quien muerto el Cid y abandonada Valen-

corcel, ganado recientemente <sup>1</sup>, y haciendo en su edad avanzada gala de juvenil bizzaria. ¡Tan extraordinario era el placer que inundaba su corazon, al acariciar la idea de que iba luego á estrechar en sus brazos las prendas de su amor y de su ternura!

1370 Alegre fué Mio Cid, | que nunca más nin tanto.

Quando l' vió doña Ximena, | á piés se le echaba:  
«Merced, Campeador, | en buen hora cinxistes espada:  
Sacada me avedes | de muchas vergüenzas malas.

cia, le hizo obispo de Zamora (El Arzobispo don Rodrigo, *Reb. Hisp. Chron.*, lib. VI, cap. XXVI; Mariana, *Hist. gen. de Esp.*, lib. X, cap. III).

<sup>1</sup> Es notable esta circunstancia, porque en la *Crónica rimada* ó *Leyenda de las Moçedades* se hace mencion del caballo *Babieca*, si bien sospechamos que sea en nota muy posterior á la redaccion de la misma. Los versos 993 y 994 dicen:

En el tendal don Rruy Dias | cavalga (apriosa) en el su cauallo;  
(Bavjeca), el escudo ante pechos, | el pendon en la mano.

Si, como pensamos, estos versos, que son el primero *octonario* y el segundo *pentámetro*, debieron leerse:

En el tendal don Rruy Dias | cavalga en el su cauallo;  
El escudo ante pechos, | el pendon en la mano.

no quedará duda de que las voces *apriosa* y *Bavjeca* que ponemos entre paréntesis, son apostillas ó glosas posteriores, debidas á la gran popularidad alcanzada ya por el *Poema*. Pero si no fuera así, y formasen parte del verso, vendria esta coincidencia á dar nuevo valor á las razones que expusimos para probar la prioridad de la *Leyenda*. En el *Poema* cabalga Mio Cid por la primera vez, en *Babieca*, cuando sale á recibir á sus hijos:

1581 E aduxiésenle á Babieca, | poco avie quel' ganara;  
Aun no sabie Mio Cid, | el que en buen ora cinxó espada,  
Si serie corredor | ó si avrie buena parada.

Ensiéllanle á Babieca, | cuberturas le echaban;  
Mio Cid salió sobrel, | é armas de fuste tomaba:

1595 Vistiós' el sobregonel, | luenga trae la barba;  
Fiso una corrida; | esta fué tan estronna.  
Por nombre el cauallo | Babieca caualla,  
Quando ovo corrido, | todos se marauillauan.  
Des' dia se preció Babieca | en quan grant fué España.

Dado á conocer ya *Babieca* por el *Poema* en ocasion tan solemne, no era posible que, á escribirse despues la *Leyenda* ó *Crónica rimada*, le pusiera el autor en la expedicion contra Francia, que corresponde á la juventud de Rodrigo.



- 1605 Afeme aqui, Señor, | yo é vuestras fijas amas:  
 Con Dios é convusco | buenas son é criadas.»  
 Á la madre é las fijas | bien las abrazaba:  
 Del gozo que avien | de los sos oios loraban.

Tras escena, descrita con tanta sencillez, y mientras celebraban sus guerreros aquel feliz suceso,

- 1610 Armas teniendo é tablados quebrantando <sup>1</sup>,

procura el Cid que gocen su mujer y sus hijas del espectáculo sorprendente que presentaban la ciudad de Valencia y sus alrededores, sometidos al dominio de su valeroso brazo:

Madre é fijas | las manos le besaban:  
 Á tan gran ondra | ellas á Valencia entraban.  
 Adelino Mio Cid | con ellas al alcázar.  
 Alá las subie | en el más alto logar.

- 1620 Oios velidos | catan á todas partes:  
 Miran Valencia | como yace la cibdad:  
 É del' otra parte | á oio han el mar.  
 Miran la huerta; | espesa es é grant:  
 Alzan las manos | pora Dios rogar.

No bien habian terminado las fiestas y torneos en celebracion de la llegada de Jimena y de sus hijas, cuando sabedor el Cid de que Yuzeph (Yuçef), rey de Marruecos, desembarca en aquellas costas á la cabeza de un ejército de cincuenta mil combatientes, exclama lleno de gozo y seguro de la victoria:

Grado al Criador | y al Padre Espiritual,  
 Todo el bien que yo he | todo lo tengo delant.  
 Con afan gané á Valencia | é hela por heredat:  
 Á menos de muerto, | non la puedo dexar.

<sup>1</sup> Estas costumbres lograban durante el siglo XII grande aplauso: la *Chronica* de Alfonso VII, coetánea del *Poema*, narrando las bodas de Garcia de Navarra y de Urraca de Castilla [1143], dice: «Hispaniae delecti... equos calcaribus currere cogentes, iuxta morem patriae, proiectis hastilibus instructa tabula, ad ostendendam tam suam quam equorum pariter artem et virtutem, percutiebant» (Núm. XXXVII). En el *Poema* se repite igual espectáculo, al celebrarse en Valencia las bodas de doña Sol y doña Elvira, como despues indicaremos, y lo mismo sucede respecto de los que se escriben durante el siglo XIII, al describir las mayores solemnidades en ellos narradas.

- 1645 Grado al Criador | é á Santa María Madre;  
 Mis fijas é mi mugier | que las tengo acá:  
 Venidom' es deliçio | de tierras d' allent mar:  
 Entraré en las armas, | non lo podré dexar:  
 Mis fijas é mi mugier | verme han de lidiar.

Con este propósito les manda subir á la torre más elevada del alcázar, y sorprendida Jimena á vista de tanta muchedumbre, exclama:

- ¿Qué es esto [Mio] Cid, | si el Criador vos salve?...  
 1655 —Ya, mugier ondrada, | non ayades pesar:  
 Riqueza es que nos acrece | maravillosa é grand:  
 Á poco que viniestes | present vos quieren dar:  
 Por casar son vuestras fijas | é adúcvos axuar.  
 —Á vos grado, [Mio] Cid, é al Padre Espiritual.

En esta despedida, menos bella sin duda, pero más viril é ingénua que la citada arriba, no aparece Mio Cid triste y melancólico, como el hijo de Priamo, invitando á Andrómaca á separarse de los muros de Troya, para que su vista no debilite en el combate el valor de su pecho: confiado en la santa causa que defiende, seguro de su bravura, muéstrase Ruy Diaz alegre y jovial, llegado el momento del peligro, deseando que su esposa y sus hijas le vean combatir, para que se acreciente su esfuerzo:

- 1161 Non ayades pavor, | porque me veades lidiar:  
 Con la merced de Dios | et de Santa María Madre,  
 Crece m' el coraçon, | porque estades delant:  
 Con Dios aquesta lid | yo la he de arrancar.

Como observa cuerdamente un escritor extranjero, el uno es el héroe pagano á quien la fatalidad persigue y entristece; el otro el caballero cristiano, que combatiendo por la religion, todo lo espera del poder divino <sup>1</sup>. El éxito de la batalla fué tal como Ruy Diaz lo habia predicho, quedando el campo cubierto de cadáveres y despojos de la morisma, y salvándose Yuzeph en la fuga. Terminado el combate, se presenta el Cid á su esposa y á sus hijas:

- 1755 Mio Cid fincó antellas | é tovo la rienda al cavallo:

<sup>1</sup> Menechet, *Cours complet de littérature moderne*, tomo I, lecc. XI.